

De Madrid a Pamplona pasando por Soria

Rafael Pérez Araluce

No sé en qué momento se me ocurrió que sería buena idea interrumpir mis vacaciones de verano para asistir a un congreso en Pamplona sobre los nuevos enfoques en el tratamiento de la depresión. Me había quedado sin billetes de tren y tenía que viajar en autobús con transbordo en Soria incluido.

Cojo la botella de agua y la bolsa de cacahuetes y me acomodo en mi asiento, el número 36, pasillo. Desde allí empiezo a observar la galería de personajes que formarán parte de mi vida durante las siguientes largas cinco horas. Se van ocupando los asientos, pero el de mi lado, el de la ventana, sigue vacío, no puedo tener tanta suerte. Son las 10:28, quedan dos minutos para salir. Entonces aparece, ella, una imponente señora de origen africano y vestido de colores: "Thirty five, sorry", dice mientras sus glúteos se menean a 2 cm de mi cara.

10:29, un minuto. El último rezagado avanza por el pasillo, un chico delgado, con pantalones prietos y camisa de flores que se despide cariñosamente de su novio a través de la ventana.

Chico de la camisa de flores: "Disculpe, creo que ese es mi asiento, 40". Filipino: "I don't understand". Amable señor que se ofrece espontáneamente a hacer de traductor: "He is saying that you are in his place". Filipino que no ha entendido el buen acento castellano de su traductor: "What?". Camisa de flores: "Da igual, me cambio de sitio, ¿vale?, lo importante es que todos vayamos felices y contentos". Mi compañera del África subsahariana: "What happened?" Yo: "Nothing, nothing, don't worry".

Arrancamos. Todavía estamos saliendo del intercambiador de avenida de América y me suena el teléfono. África subsahariana me juzga con la mirada. Mi padre, a través del teléfono: "Hola hijo, ¿estás ya en el autobús?". Yo, en mi mente:

"¡Mierda!, ¿qué ha pasado?". Yo, en voz alta: "Sí, estamos saliendo ahora, ¿por?". Mi padre: "Han cancelado el vuelo de John Simon".

Mierda. John Simon era el ponente de la primera conferencia del congreso y yo me había encargado de gestionar su llegada con ayuda de mi padre, que trabaja en una agencia de viajes.

Mi padre me explica que la única opción que tenemos es que John coja un vuelo a Barcelona al día siguiente, a las 6:40 de la mañana, pero que tiene que sacarlo él mismo en el aeropuerto. Mi padre me da todos los detalles, pero no me atrevo a llamar a John, mi manejo del traductor de Google y mis conocimientos de bachillerato me habían permitido comunicarme por mail con nuestro invitado, pero nunca se me había dado bien el *listening*.

Yo: "Papá, escríbemelo todo por whatsapp y así se lo mando a John". Mi móvil: "Bip, bip, batería baja". Mi padre: "Vale, ahora te lo pongo". El reloj: "Son las 10:47". Mi teléfono: "15% de batería". Mi padre: "escribiendo...". El reloj: "son las 11:07". Mi teléfono: "5% de batería". Mi padre: "escribiendo...". Yo: "Papá, date prisa que me quedo sin batería". Saco un papel y un boli y me apunto el teléfono de John Simon. Mi reloj: "Son las 11:12". Mi teléfono: "Apagando". Yo: "¡Mierda!".

No sé qué hacer. Me quedo un rato mirando a mí alrededor. Casi todos los pasajeros permanecen en silencio, salvo dos corredores que repasan la ruta que van a seguir y un par de frikis discutiendo sobre Pokémon y cartas Magic. Entonces lo veo: Wifi gratis. Saco la mochila que había metido debajo de mi asiento y cojo mi portátil para abrir el mail. África subsahariana me sigue juzgando con la mirada. Me giro para no molestarla, pero una chica con un pañuelo rosa me obliga a reincorporarme para ir al baño.

Mail de Yo, para Mi padre: "Papá, estoy con el wifi del bus, reenvíame el mensaje para John". Mail de Mi padre, para Yo: "Al parecer ha habido un problema informático y han cerrado el espacio aéreo de Londres, está siendo un caos". Mail de Mi jefe, para Yo: "No te localizo en el teléfono, he oído que han cancelado el vuelo de Mr. Simon". Son las 11:21.

Continúo una hora más intercambiando mails entre Mi jefe, Mi padre y John Simon. John Simon no responde. Mi ordenador: "Batería baja". Le paso el teléfono que me había apuntado de John Simon a Mi padre. Se apaga el ordenador. Solo queda rezar.

Trato de relajarme. Miro al frente y veo mi botella de agua vacía, con los nervios me la he bebi-

do entera, y en unos segundos mi vejiga empieza a reclamar atención. Me incorporo para ver si está ocupado el baño. África subsahariana ya no me juzga, ahora duerme. Está ocupado. Saco la mochila para guardar el ordenador. Sale Corredor 1 del baño. Guardo el ordenador. Se levanta Pokemon. Guardo la mochila. Pokemon se me ha adelantado en el baño.

Espero a que salga Pokemon distrayéndome con el intento de conversación entre Filipino y Traductor espontáneo. Sale Pokemon, pero decido esperar unos cinco minutos prudentemente. Pasan cuatro y se me adelanta Camisa de flores. Sale Camisa de flores y me levanto disparado hacia el baño.

Vuelvo a mi asiento, no tengo libro, móvil, ni ordenador. Cojo la bolsa de cacahuetes y me los como. Llegan curvas y la cabeza de África subsahariana se apoya sobre mi hombro. Estoy deseando llegar a Soria. Miro a la pantalla y veo el punto que representa a nuestro autobús sobre un mapa de la meseta castellana. Falta poco. Corredor 1 y Corredor 2 discuten sobre la calidad de las camisetas que regalan en las competiciones. A Magic le empieza a sangrar de la nariz y Pokemon le acompaña al baño.

Por fin: Soria. Conductor del autobús: "el ayrybys qye va Oamolna estña aparcadi a nuesyti lasok yiejey tres miniyos". Yo, en voz alta: "¿Qué ha dicho?". Camisa de flores: "No estoy muy seguro, pero creo que ha dicho que salimos en cinco minutos y el bus a Pamplona está aparcado aquí el lado, pero tampoco estoy muy seguro eh". Corredor 2: "Pues yo tengo que mear antes".

Entro el primero en el nuevo autobús, repito número de asiento, 36, pasillo. África subsahariana no continúa el viaje con nosotros. Mi nuevo compañero es un gordo que ha traído sus propios frutos secos para amenizar el camino. Intento dormir otro rato mientras la voz de Pokemon se mezcla con mis sueños: "Me he unido a los elfos de la noche pog integué. Stop. Ahoga viaje de Soledad a Cauce Boscoso. Stop. Necesito una agmaduga nueva. Stop. La compgagué con lo que saqué pog las gaggas y las escamas del dgagón. Stop".

Me despierta la voz de Conductor de autobús: "Hesjoa llehadi". Camisa de flores: "Dice que hemos llegado". Traductor espontáneo: "We have arrived to Pamplona". Filipino: "Thank you, I hope I'll see you soon". Se acabó.

Llego al hotel y pongo a cargar el móvil. Trece llamadas de Mi jefe. Me llama Mi padre: "John Simon ya está en Madrid". Me da igual cómo haya pasado, soy feliz.

Esa noche duermo fatal. Sueño con una carrera en Cauce Boscoso, Camisa de flores me anima, Corredor 1 me adelanta y África subsahariana me juzga desde el cielo. El camino lo marca la sangre de la nariz de Magic y John Simon vuela sobre un dragón.

Al día siguiente llego a la conferencia con John Simon y me tengo que contener para no darle un abrazo al verle en Pamplona. Empieza la conferencia. Me quedo dormido. Me despierto unos segundos antes de que termine. Aplaudo.

Ojo de cristal

Diego Peralta

En el momento en el que el cura da la señal, todo el mundo comienza a estrecharse las manos y a darse besos con efusividad. Odio estos momentos. Me parecen paréntesis de alboroto y jolgorio donde tendría que imponerse la sobriedad. Los odio más incluso si las detractoras que rajan la atmósfera divina del ambiente son viejas. Intento no mirarlas y pasar desapercibido. No consigo evitar que las de delante se den la vuelta y con gesto bastante falso me tomen la palma de la mano derecha con las suyas sin apenas mirarme. Tienen las manos hinchadas, duras, de huesos frágiles; unas manos de hombre en cuerpo de vieja podría decirse. Casi al mismo tiempo que te ofrecen la mano te la retiran, lo hacen simplemente porque hay que hacerlo, y por supuesto, para pasar revista a todas las vecinas que hayan acudido a la celebración. Salen de sus respectivos puestos, van de banco en banco, repartiendo manos para todos a fin de que nadie se quede sin la suya. Noto cómo alguien dice en tono elevado mirando hacia mí: "¿Me haces el favor?" No hago caso tratando de hacer como si no lo hubiese escuchado. Una vez más, la voz de hojalata me vuelve a interrogar, esta vez va acompañada de un gesto brusco con el que me coge del brazo. Ha sido una de las odiosas viejas. Va toda vestida de negro, a la antigua: con mantilla y falda casi hasta los pies. Termino por ofrecerle la mano, pero ella me mira con su único ojo (el otro es de cristal) y apenas hace el gesto de darme la mano, apenas rozándome, a la vez que me fulmina con la mirada. Cuando termina la misa pasa cerca de mí y procura que la vea. Cuando nuestras miradas se cruzan no hago caso, ella sí, y me mata con los ojos.

Camino. He llegado de manera casi automática al puerto del pueblo en el que estoy veranean-

do, sin pensar ni por dónde iba mi cuerpo se ha encargado de todo. Tengo que hacer varios recados: comprar un par de cosas para la cena y arreglar unos zapatos. Mientras cruzaba el paso de zebra por el que se llega al puerto ha ocurrido algo que aún estoy asimilando.

En un instante (no sé cómo ni cuando ha pasado) la sensación que me tenía dominado me ha soltado de la mano y ha dejado de poseerme, y al mismo tiempo que cruzaba, por mi mente ha pasado la idea inconsciente de que debería ir primero a la zapatería. He girado sobre mis propias plantas y me he dado la vuelta. A la vez que giraba, mi cabeza en el quinto mundo, prácticamente no he mirado si venía algún coche. En cuanto he dado la vuelta he visto por el rabillo del ojo cómo una furgoneta me embestía por el costado sin frenar. Cuando un coche te atropella, si vives, no eres capaz de explicar cómo pasó. He intentado minimizar el impacto tratando de subirme al capó del coche pero me ha escupido hacia delante más de tres metros. Sin mayor problema me he puesto de pie y he mirado a la persona que tenía sus manos puestas en el volante. Era una mujer muy entrada en edad, con más de setenta años probablemente. En su mirada estaba la misma indiferencia que había en la mía. A los dos nos parecía que no había pasado nada. Corriendo se han acercado varias personas preocupadas por el atropello. Te ametrallan a preguntas, una detrás de otra, sin tiempo para responderlas. Entre ellas me he fijado en una chica joven que tendría entre 25 y 30 años, de pelo negro y con gafas de pasta, negras también. En ella y en su trato había mucho de mujer y mucho de madre. Otro de los hombres que se ha acercado tendría unos 50 años, una barriga apropiada a su edad y algo de padre. ¿Estás bien?, ¿estás bien?, ¿la cabeza?, ¿cómo has caído? Estoy bien, estoy bien, sólo he caído de culo, la muñeca, que ha amortizado la totalidad del golpe sí que me duele bastante. Me acaban de atropellar y yo estoy como si no hubiese pasado nada, la sensación me ha soltado un momento y enseguida ha vuelto a por mí. Miro de nuevo a la abuela kamikaze. Es curioso, porque me conozco a mí mismo y tras esta situación habría sido bien capaz de estrangularla. Baja la ventanilla y dice: “¿Te golpeé?” ¡Pues claro que me ha golpeado! ¿¡No lo ha visto?! ¡Me acaba de atropellar! Aparece de la nada un coche de policía que se detiene a preguntarme si estoy bien, les señalo al coche y a la vieja que está dentro de él y se quedan ambos mirándose unos segundos, después de lo cual se largan ambos coches. Todo ha quedado en un susto. Me voy yo solo por la calle mientras que las

personas que han presenciado el atropello se quedan comentando lo ocurrido.

Cuando termino de hacer los encargos vuelvo a pasar por el mismo paso de zebra, pero esta vez haciendo un esfuerzo por liberarme del amodorramiento y estar pendiente de si viene algún coche con intención de atropellarme. Paso la calle sin sustos y cuando ya me he relajado aparece la misma abuela que me acaba de atropellar. Me coge la cara con sus manos e intenta darme un beso en la mejilla mientras me dice: “dame un beso guapo, ha sido sin querer”, a lo que me opongo, apartando la cara. Cuando me mira veo que en su cara hay algo que me suena demasiado. Como la cabeza me funciona con mayor dificultad que de normal trato de adivinar sin conseguirlo qué es lo que tanto me llama la atención de su rostro. No es el pelo (todas las viejas llevan el pelo igual), tampoco son las facciones y las arrugas. Sin embargo me doy cuenta de que tiene un ojo como de pez, opaco, blanquecino, sin ninguna duda es ella. En cuanto me doy cuenta me despojo de sus garras y me aparto de ella de mala manera. El hombre de la barriga cervecera está a su lado mirando, resulta que es su madre. Ya han pasado varios días desde el percance, y yo al cruzar la calle ya miro si pasa algún coche. Aunque el momento del atropello no supuso ningún drama creo que los coches ahora mismo me producen algo de esquizofrenia. Cuando ando por la calle procuro estar alejado de las carreteras y las miro expectante a que suceda algo. Como soy un católico esa tarde vuelvo a ir a misa. Mi mente no ha caído en que podría encontrarme a la vieja de mis males, es algo de lo que seré consciente en cuanto me la vuelva a encontrar, justo a un par de metros, delante de mí, mirándome con el filo de un cuchillo al pasar a mi lado. Toda esta historia tiene un paralelismo bastante desconcertante con *Crimen y castigo*, de cuyo fantasma no puedo librarme. Pienso en librar a la humanidad de una vieja tan cruel e insensible, pero claro, tendría que redimirme.

El tour de Fran

Yago Uliarte

El tour pasaría por Murcia, como siempre había soñado. En las tardes de primavera Fran espera a su amigo Antonio sentado en el banco de la plaza tranquilo leyendo el periódico, pero hoy está nervioso, tenía ganas de hablar de esto. La brisa suaviza el sol al final del día. Ya puede ver a Antonio

al final de la calle, ya se sienta en el banco, junto a él, y le dice:

—¿Camisa nueva? Amarilla, muy deportiva, te sienta bien. Pero ya no estamos en edad de encontrar novia.

—Es primavera. Se respira juventud.

—¿Has dormido bien?

—Algo mejor que otras noches. Pero el médico me ha dicho que no me puede cambiar la medicación.

Sopla la brisa. Se está bien en la plaza.

—¿Sabes qué? Que este año el tour pasará por Murcia.

Antonio no puede evitar reírse.

—Pero qué dices. Querrás decir que pasará por la tele, qué cosas tienes...

—Te lo digo de verdad. Esta noche he tenido una premonición. Sí, pasará por Murcia, lo he visto en el programa de etapas.

—Por soñar que no quede.

—No sería nada raro. Todos los años visitan algún país, alguna ciudad fuera de Francia: Londres, Pamplona... Este año toca Murcia.

—Eso es lo que siempre has soñado, ¿no?

—Pero este año he escrito una carta a la organización. Algo me dice que me harán caso. Tourmalet, L'Alpe-D'Huez, y finalmente Murcia, antes de la etapa final en los Campos Elíseos.

—Hombre, yo creo que es más fácil que sea la primera etapa, así luego se desplazan a Francia y no tienen que viajar dos veces.

—Lo sé, pero mi sueño no es ese.

Un chico joven en bicicleta pasa por delante a toda velocidad.

—Limoux...

—Ahí te caíste.

—¿Te acuerdas? Llevaba el maillot amarillo, lo logré en la contrarreloj anterior, saqué cinco minutos de ventaja. La prensa me bautizó como el aeroplano.

—Lástima que no pudieras volar. Al día siguiente aquella maldita curva en la bajada, resbalón y al suelo.

—Mi pobre rodilla. Fastidiada para siempre.

Una chica hermosa se sienta en el banco de enfrente a leer el periódico.

—Quién tuviera veinte años de nuevo para volver a pedalear, ¿eh, Fran?

—Volver a Limoux... Limoux...

—Murcia. Claro que sí, vendrá a Murcia. ¿Dónde si no se lo iban a pasar mejor?

—Sí, será fantástico, ya lo verás.

Los dos amigos permanecen un rato en silencio en el banco, hasta que cae la tarde.

—Bueno, me espera mi hija con mi nieto en casa, habrá que regresar.

Se levantan y se despiden, cada uno sigue su propia ruta.

Fran camina despacio, como siempre lo ha hecho desde aquella curva en Limoux. Nunca llegó a ver París, pero el atardecer en Murcia seguro que no le tiene nada que envidiar. Una curva, otra, después subir la cuesta a pasitos cortos hasta el contenedor, luego una recta de cien metros lisos. Siempre el mismo recorrido desde hace cuarenta años. Hoy le cuesta un poco más, pero llega contento. Ya han salido los geranios en el jardín de enfrente. Flores de primavera.

Después de la cena le da un beso a su hija y a su nieto, luego se mete en la cama. Las pastillas siempre antes de dormir, un poco fastidiosas, pero los médicos son los médicos. Cierra los ojos mientras contempla el maillot amarillo colgado en la pared y vuelve peladeando a L'Alpe d'Huez, a Tourmalet, ya concilia el sueño alumbrado por la lamparita de noche, resuena la cadena, puede sentir el sudor por la cara, ya llega a lo alto del puerto, un aficionado le da un periódico para ponérselo debajo del maillot y evitar enfriarse en la bajada, acelera sin mirar atrás, adelanta a un italiano despistado, ya se aproxima la curva de Limoux, se acerca, se acerca, se acerca oh Dios mío, frena un poco, su corazón palpita de miedo, pero esta noche saldrá volando en la curva, el aeroplano viajará lejos, muy lejos, recorre las nubes seguido por el pelotón y aterriza en la Avenida de Canalejas, pedalea, pedalea, plaza de los Camachos, puente de los peligros, tiene delante a un francés con cara de pocos amigos que lleva escapado cien kilómetros pero con un poco de suerte le coge, en la plaza de Martínez Tonel conoció a Pepa, que le contempla desde la esquina como hace más de cincuenta años y le da fuerzas para rematar al francés, ahora pasa al lado de un moderno Starbucks que fue anteriormente el almacén de ropa donde trabajaba, venga, venga, toda Murcia está contigo, ahí está Antonio que se despide, recta final, gritos, abucheos al francés, último sprint, línea de meta en la Plaza Circular. Y abrazos, y enhorabuenas, y gloria, gloria, gloria, ¡gloria! Sí, por fin su sueño se había cumplido: por fin aquella noche el tour había pasado por Murcia.